

El mito del cerebro creador. Cuerpo, conducta y cultura.

Marino Pérez Álvarez.

Alianza Editorial, 2011, 240 páginas.

A la hora de hablar de escepticismo todos tenemos más o menos claros los temas que vamos a poner sobre la mesa: homeopatía, cristales curativos, astrología, ciencia ficción... Muchas veces damos por supuestas, o como verdades científicas, ciertas tendencias (modas) culturales que a raíz de las circunstancias del momento marcan el avance de la ciencia y de la filosofía de la ciencia. No es posible negar la parte filosófica de la ciencia. Como decía el filósofo y psiquiatra Karl Jaspers: “No hay escape de la filosofía, la cuestión es solamente si es buena o mala. Quien rechaza la filosofía está él mismo, inconscientemente, practicando filosofía”. Y la filosofía que acompaña al avance de la corriente predominante en la neurociencia actual es algo oscura, imprecisa...

Es bien sabido que este avance está sujeto a los intereses de algunos y que, como si de una religión se tratase, siempre tendrá acólitos que se crearán todo lo que se les diga. Así, y contemplando la necesidad de muchas personas por conocer (creer) en una causa para todo, se adhieren al dogma del “cerebrocentrismo”, cuya única herramienta de estudio se basa en las neuroimágenes, grandes precursoras y sustentadoras de este movimiento. Los interesados se valen de esto porque, igual que al psicoanálisis, intentan explicarlo todo (y nada al mismo tiempo).

El doctor en psicología y catedrático de la Universidad de Oviedo Marino Pérez Álvarez consigue con su obra “El mito del cerebro creador” (2011) poner sobre la mesa un tema de gran trascendencia tanto en el ámbito científico como en el popular. La cultura del cerebro como hacedor de todo está tan arraigada en nuestra sociedad que ya apenas nadie se cuestiona qué otra cosa más que su cerebro sea el que construye su vida. Actividades que antes eran atribuidas a las personas, a los individuos, quedan hoy reducidas a un amasijo de conexiones electroquímicas y localizaciones anatómicas.

Asimismo, y coincidiendo con el individualismo predominante en la sociedad actual, no es de extrañar lo fácil que nos resulta ahora achacar los “problemas” de la sociedad a un algo externo a nosotros, desresponsabilizando al individuo totalmente de sus propios actos que, por definición, ya no son suyos sino de su cerebro, en tanto que él mismo no es suyo, sino de su cerebro.

Donde antes oíamos: “Yo soy yo y mis circunstancias”, se traduce hoy en “yo soy mi cerebro” o “mi cerebro me creó a mí”. Nótese de qué manera se cae en un dualismo con tanta ligereza, ese mismo dualismo del que la corriente fisiologicista se jacta de superar. Escapando de la trampa del Teatro Cartesiano, caen en ella, ya que ellos mismos se consideran monistas materialistas.

Para librarnos de caer en el monismo o dualismo, en el libro se ofrece una alternativa: el materialismo filosófico,

hablando de esta manera de 3 realidades que no se pueden reducir a una de ellas sino que conviven unos con otras; de tal manera que encontraríamos el mundo físico, el mundo de la conducta y el mundo de la cultura, esos 3 pilares que lo construyen todo.

En este sentido, esto tiene agarre porque, según se cita en el libro “Si de la única herramienta de la que disponemos es un martillo, una infinidad de objetos adquirirán el valor de clavo” (Abraham Maslow). Parece que vemos una ventana abierta al cerebro y pensamos que podemos observar todas sus habitaciones desde ella. Es como si pretendiésemos entender toda la música por el mero hecho de conocer los componentes del instrumento que suena.

Por todo esto, no se debería de afirmar algo tan rotundamente (como por ejemplo que el cerebro lo sea todo) cuando, en realidad, no se sabe prácticamente nada. Con la información que nos ofrece este libro, su autor pretende arrojar algo de luz y reflexión crítica sobre la que quizá sea la mayor corriente de pensamiento que guía el avance de la neurociencia hoy en día, porque “no es neuro-oro todo lo que reluce”.

Manuel Vacas y Laura Llames.

¿Debemos tolerarlo todo?

Tejedor de la Iglesia, César y Enrique Bonete.

Desclée de Brouwer, 2006, 168 páginas.

Quienes defendemos el pensamiento crítico, en más de una ocasión, nos hemos visto envueltos en algún debate venido a diálogo de besugos y que llega a un punto en el que, después de escuchar las más disparatadas teorías acerca de abducciones, conspiraciones o terapias alternativas, cuando se nos ocurre pedir pruebas o argumentos de tales dislates, nuestro interlocutor abandona el debate con un: “¡Eres un intolerante que no respeta las opiniones de los demás!”. Exigir argumentos y pruebas de las opiniones ajenas ha acabado por ser, en nuestros días, un signo de intolerancia. Pedir a un creacionista que nos dé pruebas de cómo podían vivir las plantas creadas al tercer día si Dios no creó el sol hasta el cuarto, o a un acupuntor acerca de qué forma puede observarse, medirse o simplemente comprobarse que existe el “chi” o “ki”, le convierte a uno automáticamente en intolerante (cuando no directamente en fascista). La tolerancia y el respeto se entienden como la aceptación acrítica y sin respuesta a las opiniones de los otros, practicando una suerte de igualitarismo de ideas en el que toda idea, por absurda que parezca, adquiere el mismo valor que cualquier otra, independientemente de las pruebas, argumentos o razonamientos de cada una. La simple crítica o incluso la mera burla hacia ideas de otros no solo está mal vista o es políticamente incorrecta, sino que puede ser respondida con violencia: ejemplos son los atentados sufridos por Leo Bassi por sus obras teatrales críticas con el cristianismo o la reacción islámica ante las caricaturas de Mahoma.

MARINO PÉREZ ÁLVAREZ

El mito del cerebro creador

Cuerpo, conducta y cultura



“La tolerancia se convierte en un nuevo dogma de los sistemas democráticos que puede llegar a amenazar a la propia democracia desde el momento en que pierde de vista su ámbito propio y sus limitaciones. Tal extensión vacía de cualquier contenido la virtud de la tolerancia. Queda disecada en mera forma. Una tolerancia ilimitada tiende a tolerar aquello que puede destruir no sólo la propia virtud –si todo es tolerable, pronto no habrá nada que tolerar–, sino también la misma democracia” (pág. 12).

Y relacionan este tolerantismo con el relativismo posmoderno:

“Este trabajo constituye asimismo una crítica del relativismo posmoderno que poco a poco se va instaurando en la sociedad a través de la perversión de determinadas virtudes como la tolerancia. Tras el fracaso de los ideales ilustrados –el racionalismo, la creencia en la ciencia y la técnica, la idea de progreso y modernidad–, este relativismo ha ido poco a poco erosionando la concepción objetiva de los valores, al mismo tiempo que el universalismo dejaba paso a los particularismos culturales. La filosofía posmoderna, encarnada en la ética del emotivismo, ha pretendido hacerse cargo de esta nueva situación en la que se considera ya anacrónico seguir hablando de virtudes. El relativismo se convierte así en el único referente de la moral, vaciando de contenido las virtudes, que por su parte no pueden entenderse correctamente sin su relación con un cierto universalismo moral. La tolerancia sirve fácilmente a este relativismo desde el momento en que se desvincula de su genuino referente ético, que es la dignidad intrínseca de las personas. Si todo vale, todo es tolerable. El discurso so-

Ante esto, tratamos de defendernos de la acusación de intolerantes. Pero tal vez lo que haya que hacer es aceptar el epíteto y reconocerlo: sí, soy intolerante, porque hay ciertas cosas que no se pueden tolerar. Es necesaria cierta intolerancia, o mejor dicho, no-tolerancia hacia ciertas opiniones (más bien ocurrencias), acciones y costumbres. En esta línea se mueve la obra de César Tejedor de la Iglesia y Enrique Bonete precisamente sobre la tolerancia: ¿Debemos tolerarlo todo? En su análisis de esta virtud, los autores distinguen entre la tolerancia como virtud y valor en las democracias actuales y lo que llaman “tolerantismo” como vicio y deformación de esa virtud. La tolerancia, para serlo, debe tener límites: no todo puede tolerarse: “Hay hechos que es necesario no-tolerar. Hay que distinguir, por tanto, entre la intolerancia legítima o no-tolerancia y la intolerancia ilegítima o fanatismo” (pág. 52). El tolerantismo consiste en la tendencia a tolerarlo todo sin distinción, acusando de intolerante, etnocentrista o fanático a quien no tolere algo. Eso implica tolerancia incluso hacia comportamientos, actitudes u opiniones rechazables prima facie: el ejemplo típico sería la ablación del clítoris en algunas sociedades africanas (pág. 142). ¿Debe tolerarse esa costumbre o es de justicia reprobirla e incluso pretender prohibirla y erradicarla? El tolerantismo defiende la ablación como una costumbre ajena que no puede ser juzgada desde el exterior de esas sociedades, pues implicaría un juicio etnocéntrico. Cualquier reproche desde fuera de esas culturas o pretensión de impedir la práctica sería una injerencia casi imperialista. Tejedor y Bonete consideran que:



bre las virtudes –y en definitiva, el discurso ético- se vuelve insulso y vacío”. (Tejedor, op. cit: 14).

La única forma de evitar los peligros del tolerantismo es vincular la tolerancia con la dignidad humana, entendida como un universal, pero eso es precisamente lo que niega el relativismo posmoderno: que pueda hablarse de universales tanto éticos como científicos. La propia idea de dignidad y los derechos humanos a ella asociada o en ella fundamentadas, son etnocéntricos, son eurocéntricos u occidentalistas, y no sirven fuera de ese contexto cultural. El relativista posmoderno puede estar de acuerdo en no permitir la ablación del clítoris de las mujeres occidentales, pero no encuentra forma de protestar ante la misma ablación en otras sociedades. Tejedor y Bonete reflexionan sobre los límites de la tolerancia: “¿qué es lo que no debemos tolerar?” se preguntan (pág. 137). En su teoría sobre los límites señalan varias exigencias que consideran básicas y de las cuales destacamos una de ellas: la publicidad de las razones.

“Sólo es aceptable aquello que podamos concebir como razonable, públicamente aceptable y comprensible. Este requisito exige la capacidad de hacer plausible, en forma de un ejercicio público de racionalidad, el sistema de razones que abonan que determinado comportamiento, acción, creencia, expresión, demanda, pueda encontrar cabida en la vida social (...) no podemos hablar de tolerancia cuando una demanda no es susceptible de ser públicamente defendida y aceptada, es decir, si las razones de tal demanda de tolerancia no son aceptadas como si hubieran pasado por la criba de su publicación” (Tejedor, op. cit.: 139-140, cursiva en el original).

Pero la publicidad de las razones implica un criterio universal para ser juzgadas, que no puede ser otro que el de la razón entendida como una capacidad universal y no solo occidental. El relativismo posmoderno niega ese criterio universal y reivindica publicidad sin la contraprestación de racionalidad: las opiniones pueden expresarse y las acciones pueden realizarse sin más, porque interpretan que cualquier crítica a ellas sería etnocéntrica o intolerante. El único argumento válido para el posmoderno es que una opinión, acción o costumbre es de alguien, y en ese sentido ya basta para ser tolerada, independientemente de quién sea o de su contenido, porque todas son iguales y todas valen igual. Los dos autores muestran las consecuencias de este relativismo en la enseñanza, y con esta reflexión terminamos:

“Buena muestra de ello es la relajación que ha sufrido la enseñanza en nuestro país. El profesor ha perdido autoridad sobre los alumnos, que con frecuencia acuden al tópico relativista: “lo que usted nos cuenta es sólo su propia opinión; yo tengo la mía” (...) El profesorado pierde la capacidad para determinar lo que debe y no debe hacerse, lo tolerable y lo no tolerable. Deja de estar legitimada cualquier intervención “dogmática” que pueda alterar el curso normal de los acontecimientos en la clase. Bajo la égida de una educación abierta y tolerante se instaura así un permisivismo relativista que amenaza con deponer los valores y las virtudes que han de regir el proceso educativo” (pág. 13-14, cursiva en el original).

Andrés Carmona Campo (filósofo y antropólogo).

A tontos y locos



Revista 2010 www.puntoque.net